

El día menos pensado

Nelson Marra

La mujer entró en la cafetería con el aspecto de quien ha bebido más de la cuenta. El atuendo era el de siempre: los tejanos gastados e incoloros, la cazadora de pana marrón y una blusa de color indefinido. Años de tertulias inútiles y de largas horas en cinematecas le habían conformado una personalidad acorde con ese vestuario reconocible, con ese maleable uniforme que se adaptaría a los tiempos.

Pero su rostro había cambiado. Las mejillas estaban más pálidas que nunca, los ojos hinchados y rojos, los pliegues de la frente demasiado pronunciados. Los camareros, que conocían su carácter, no le hicieron ningún comentario. Se limitaron a sonreír y esperar su orden: un café y una copa de ginebra, mientras sus codos se apoyaban en la barra. No se sabría si estaba a punto de dormirse o si bebería con interés lo que había ordenado.

Encendió un cigarrillo con displicencia mientras observaba un entorno demasiado familiar, demasiado asqueante por lo reiterado y reconocible, demasiado cargado de humo y de esas miserias que sólo pueden encontrarse pasada la medianoche. Evitó la mesa de sus compañeros de trabajo, la de los críticos, amigos y la de los periodistas en busca de la noticia. En la copa que tenía frente a ella podía encontrar eso y mucho más. Y se dejó perder en el recuerdo de los aplausos rutinarios y tardíos de los espectadores de hacía una hora. Sintió, en el recuerdo, que era empujada hacia la fila de los actores secundarios, que su sonrisa artificial o el gesto inclinado de su cabeza ya no le redituaban más dividendos.

Era una pena y entendía que debería asumirla.

No cabía duda, mes a mes, día tras día, venía perdiendo fuerza en la escena. Cada vez creía menos en sus personajes, en los parlamentos que repetía con desidia y rutina, en su voz que, ahora, le sonaba falsa y lejana. No le sorprendió la reconvención que el director -su amigo- le hiciera esa misma noche, ni la excesiva confianza, casi burla, con que la atentaban las jóvenes y nuevas compañeras.

La segunda copa que ordenó al camarero le aportó nuevos indicios: el llanto histérico al final de una comedia menor que debió representar, la mitad de una botella que le fue descubierta en el cajón de su cómoda del camarín, una carta destrozada con furor.

Pensó, de pronto, que no se pueden arrastrar cuarenta años de ese modo, aunque veinte de los mismos estuvieran disimulados por aplausos y elogios, vanos y dispersos.

Entonces ordenó su tercera copa de ginebra.

Le molestó que la mujer se acercara, pues hay momentos en que se necesita estar más solo que nunca.'

Por qué no te vienes a nuestra mesa o prefieres comer algo en la barra?

- Vosotros sois todos unas mierdas- respondió, con desden.

- Vale. Peor ahora necesitas comer algo.

Su mirada fue lo suficientemente intensa como para alejar a su compañera y quedarse metida entre el humo y la ginebra. Cuando se sintió lo necesariamente aislada y olvidada, intentó emprender su camino. Introdujo la mano en su cartera y extrajo unos billetes. Los arrojó sobre la barra y se levantó con dificultad. Se movió como el toro vencido, aunque no dispuesto a recibir la estocada final. Se aproximó a la puerta de salida. Armó su sonrisa con

la dignidad de la actriz que no quería dejar de ser y, de ese modo, se despidió de los compañeros de la noche. Sí, la verían mañana, la próxima semana, diez años más. No valía la pena detenerse.

En el murmullo, en el ruido indefinido, escuchó aquella frase que no logró paralizarla. No intentó rebatirla ni mucho menos polemizar: **«lo veis, ésta se mata el día menos pensado»**. No quiso detenerse, ni intentar descubrir al autor de tal interpretación. Logró, con esfuerzo, empujar la puerta y alcanzar la calle. Todo estaba demasiado vacío, demasiado desierto. Hubiera deseado acostarse con un hombre, anónimo, indefinido, distante.

Ella lo haría bien. Tenía un largo ejercicio teatral como para llevar a cabo la mejor de sus escenas de amor. No habría aplausos ni críticas sofisticadas. Eso era lo bueno. Todo sería natural, amargo y viscoso, como su vida. Estaba dispuesta a pagarle al primer chaval que se le cruzara en el camino. Pero no se le cruzó nadie. Fue andando durante media hora, hasta llegar a su piso, sin encontrar la última y decisiva escena. Tampoco la vida la salvaba. **«El teatro y la vida son flores mustias al costado de tu cama»**, pensó con asco y amargura.

Hoy, por tanto, podría ser el día menos pensado. Lo imaginó, sonriendo, mientras introducía la llave en la cerradura de la puerta de aquel piso desordenado, demasiado desierto, donde sólo quedaban penumbras.

CURSOS PARA EDUCADORES

BIOENERGETICA

- Vivenciales, en grupo reducido.
- Proceso persona y proceso corporal.

PRIMER CURSO: del 8-12 de Julio. De 10 a 14 h.

SEGUNDO CURSO: Del 15-19 de junio.

INFORMACION: Secretaría del CCP: 276 40 90

L., mi., y v., de 18 a 21 h.

Centro Consultor de Psicología

Centro Consultor de Psicología

Príncipe de Vergara, 11, bajo izda.

28001 MADRID